

examinas y compras tus géneros muy descansada y sin temor de que te engañen ni de gastar saliva en regatear.

La relacion de todas las bagatelas que te he contado en el último tercio de mi carta, te habrán fastidiado y cansado, por lo mismo, la termino para que en la siguiente veas algunas otras, porque no dejan de tener un poco de interés.

Adios, María apreciada.

San Francisco, Agosto 15 de 1867.

El Domingo pasado estuve á visitar el cementerio de Lon-Mountain que está situado al Oeste de la ciudad.

No te daré, una reseña completa de él porque con una sola vez que se vea, no es posible retener en la memoria ni ménos observar los numerosos detalles, ni incidentes que lo componen: conforme con una ligera idea que te dé de



su conjunto y de alguna que otra cosa en particular.

Entre la árida playa y el vasto Océano, en medio de una sucesion de colinas, se levanta una cruz rústica, rodeada de verdinegros pinos, que asegura la gente ser un recuerdo de los primeros españoles que propagaron el evangelio en estas regiones, cuyos restos se conservan en este lugar.

Al ir penetrando por las primeras calles del cementerio, se presenta à los ojos del visitante, una verdadera ciudad de monumentos de todos los órdenes arquitectónicos: arcos, templetos, capillas, pirámides truncadas, estatuas, columnas y cuanto puede inventarse en la línea de elegantes sarcófagos, jugando entre todos éstos una combinacion ingeniosa de pinos, rosales, enredaderas, que rompen oportunamente la rigidez y severidad de la arquitectura.

El cementerio domina una parte de la ciudad por una parte y, por la otra, el mar con sus buques de todos portes, elevando sus mástiles y sus chimeneas

que se mezclan en la bruma. El aspecto de este lugar, en vez de inspirar tristeza, su posición, la suntuosidad de los sepulcros y las hermosas vistas de que están rodeados, escitan á pensar mas bien en el arte y en la naturaleza, que en la muerte, que está allí vestida con los arreos de la opulencia; como si la nada protestase contra el no sér, mezclada entre ricos mármoles, broncees y ornada de flores.

Se dice generalmente que los epitafios y la suntuosidad de los sepulcros proclaman la vanidad de los vivos: ¿no se podria asegurar mas bien que ellos manifiesten la ternura por un padre, por la madre, la esposa ó el niño que, habiendo desaparecido de la haz de la tierra, reclama su memoria un monumento, que los deudos agradecidos querrian que fuese de oro ó de otra materia mas rica é imperecedera? Porque debajo de la loza que cubre sus inanimados restos, está el alma todavía; no es posible que se haya ausentado del cuerpo de la persona querida, y esta está



atenta á las demostraciones que sus hijos, el esposo ú otro sér que les sobrevivía le tributen y viven en ellos los afectos como si no hubiera desaparecido.

Por otra parte; ¿no es uno capaz de dar su corazón por la persona que mas ama? Y, considerando sus restos como parte integrante de ésta, no pudiendo darle otra cosa, como última prueba de amor: ¿no le dedicará una tumba magnífica circundada de flores y coronas de siemprevivas?

Repito, que no creo que sea la vanidad, la que erija los sepulcros suntuosos, sino el amor: véanse si no, los esfuerzos que una familia pobre hace por sepultar á sus deudos, en una caja, poniéndoles aunque sea un humilde epitafio ó una cruz rústica para perpetuar su memoria y como símbolo de un recuerdo.

Comencé, como he dicho, á recorrer las avenidas del cementerio y á observar uno á uno los sepulcros, deteniéndome en los mas suntuosos. Aurelio

que me acompañaba y tenía antecedentes del costo de algunos, me referia las fabulosas cantidades que se habian invertido en la construccion de los mas ricos.

Habia monumentos que abarcaban una aérea considerable de terreno que estaba trastornado en un pequeño jardín circundado de balaustrada de fierro sobredorado y el catafalco, de blanco mármol, reposando sobre una plataforma de granito de varios colores y ornando el conjunto bellas guirnaldas de flores. "Este monumento, decia Aurelio, costó sesenta mil pesos, y es de fulano."

Pasábamos adelante y era un grupo de figuras de mármol, obra acabada de arte, que sobre la úrna de pórfido y circundada de frescas flores y una elegante balaustrada de jaspe, llama la atencion por su riqueza. ¿Cuánto habrá costado este sepulcro? preguntaba yo á mi amigo.

—Godoy, me ha contado que costó al banquero R. ochenta mil pesos.



Y de esta manera otros muchos que, á su gran costo, correspondia el mérito de su ejecucion y riqueza de su material.

Cuando pasábamos junto á un sepulcro humilde de que hacía un contraste desgarrador con los de los poderosos, decia yo á Aurelio: ¡Como desearian los dueños de éste haber podido manifestar su cariño al deudo que depositarán bajo de esta piedra, poniéndolo en un zarcófago como aquel que tiene junto! ¡Ah! hasta en el cementerio existe la desigualdad en el exterior, y solo el polvo y los gusanos los nivela á todos!

Despues de haber recorrido gran parte del cementerio y admirado los mas bellos monumentos que encierra, tomamos la direccion del norte y pasamos á ver el de los católicos. ¡Oh! este es mas humilde que el de los protestantes, y el mejor sepulcro que contiene, no puede igualar cualquiera de los de tercer orden de aquel. La mayor parte de sus tumbas tienen la figura de camas, con su cabecera bastante al-

ta, la que contiene una lápida, retrato ó imágen tras una vidriera y coronas de siempreviva á los lados: alguna vez están rodeados de tallos de flores y otros de pequeños enverjados de fierro; sin embargo, ví algunos monumentos coronados de estatuas que me agradaron.

Cuando volvíamos de ver los cementerios, pasaba frente á nosotros desempedrando las calles, una bomba uncida á dos fogosos caballos negros, llevando consigo á los bomberos. A poco pasó otro carro llevando escaleras y otros instrumentos de apagar, y la casualidad nos conducia á la calle donde un numeroso gentío era espectador del incendio de una casa.

Cuando nosotros llegamos al frente, ya los bomberos comenzaban á dominar la furia del fuego, colocando los tubos del agua en la direccion de las llamas; algunos trepaban por las escaleras y otros, con instrumentos de zapa, cortaban la comunicacion del terrible lee-



mento echando abajo tabiques y techos de la casa vecina.

Pasó un momento, y ya solo asomaba alguna lengua del fuego por entre aberturas y un espeso humo se extendía, lamiendo las azoteas de las casas vecinas.

En la ciudad de San Francisco se suceden con bastante frecuencia los incendios: raro es el día que no acaee uno ó dos y los Domingos suele haber hasta seis; quizá por que en este día los dueños ó vecinos están ausentes de sus habitaciones y, un accidente, algún incendiario ó ellos mismos pegan fuego á aquellas.

Pero el cuerpo de bomberos está perfectamente organizado; en la ciudad se cuentan diez estaciones ó cuarteles, con las bombas y todos sus admínculos listos y los caballos uncidos para volar como el rayo, al primer toque de campana de la motriz, que simultáneamente repiten otras diez repartidas en la ciudad.

Esta se divide en sesenta y tantos

cuarteles y en algunas esquinas hay una caja con su postigo, en donde está un aparato telegráfico; de modo, que cuando ocurre fuego en alguno de aquellos, por ejemplo, en el cuarenta, un vecino va á la casa contigua, toma la llave del cajon, lo abre y sobre el teclado, cuenta ó da tantos golpes como exige el número del cuartel, donde pasa el incendio y en el acto se escucha el sonido de todas las campanas tocando arrebató, é instantáneamente se oye como el ruido de la tempestad: es que todas las bombas atraviesan la ciudad en carrera vertiginosa y se cruzan para llegar al lugar del siniestro.

Tal vez no ignorarás que en todos los Estados de la Union Americana hay sociedades de seguros contra incendios en donde, pagando el tanto por ciento del valor de una fábrica, almacén, cargamentos de buques y hasta el menage de una casa, está el que se suscribe, exento de la perdida de su propiedad en caso de incendio porque la compañía de seguros lo indemniza, pa-



gando el valor total de lo perdido. Se puede asegurar hasta la vida por cierto número de años, de modo, que si durante este período sucumbe el inscrito, sus parientes tienen derecho á percibir la cantidad estipulada en el contrato.

De esa institucion surgen multitud de abusos, porque un individuo, por ejemplo, asegura su casa por valor de diez mil pesos y no vale aquella mas que ocho; entonces el mismo le pega fuego, ocurre inmediatamente á la administracion de seguros para recoger su dinero, que recibe peso sobre peso.

Me dirás que ¿cómo es que los individuos de la compañía se dejan enganar, recibiendo en aseguramiento una casa que no vale lo que dice el asegurador? Es cierta tu observacion; pero no sé que hay sobre el particular porque esos señores toman todas sus precauciones para aceptar un contrato y aun examinan la calle y el lugar donde esta situada la casa; si hay inmediata alguna carpintería, herrería ú otra cosa por el estilo que pueda ocasionar incen-

dio y, entonces, aumenta el tanto por ciento de seguros, segun la mayor ó menos posibilidad del peligro.

El caso es que, como he dicho, diariamente, se incendia alguna casa particular, fábrica ó tienda y están ya tan acostumbradas las gentes de aquí, que aun cuando oigan tocar a fuego, y vean pasar las bombas, no se les da nada y siguen su camino sin tener curiosidad ni dirigirse al lugar del incendio.

Esta continuidad de casos semejantes obliga á todo el mundo á asegurar no solo sus casas si las tienen, sino hasta el mango ó ropa de uso; porque no es inverosímil que si una familia sale a una visita, paseo, ó dia de campo, al regresar, no halle ya sino el sitio que ocupó su casa ó se quede con lo encapillado.

Te contaré, por último, para cerrar esta carta, un caso que me pasó á mi mismo, en confirmacion de lo imprevistos que son los casos de fuego. Pero no te vayas á reir.

Mi casa estaba situada, en el cuartel



33 y en la cabecera de mi cama tenia yo el programa impreso de los diferentes cuarteles numerados en órden, de modo, que cuando oia yo tocar incendio, ya fuese de dia ó de noche, ocurría yo al indicador y por el número de campanadas buscaba igual guarismo en ese y sabia entónces la calle en donde estaba el fuego.

Una madrugada, hará mas de un mes, oí entre sueños campanadas indicando el número de mi cuartel, al segundo toque ya mas despierto, escucho las treinta y tres campanadas y digo entre mí, volviéndome del otro lado é intentando cerrar los ojos: "¡eh! es en mi demarcacion; pero el fuego estará en otra manzana distante!" las bombas acaban de pasar y me pareció que no se detuvieron muy léjos; en esto, ya que iba à entregarme de nuevo al sueño, ¡zas! que oigo el chorro de las bombas cuyo líquido caia sobre el tragaluz próximo á la puerta de mi cuarto; me levanto trémulo en el instante, porque creia que el fuego abrazaba ya el

edificio. Me dirijo á la ventana, más muerto que vivo, la abro para escaparme, si era posible, y veo en efecto que la casa contigua ardía y las bombas, colocadas en frente, enviaban torrentes de agua para apogarla, pero por fortuna el fuego sedía ya, y no era necesario tomar precauciones para librarse de él.

Todavía con la impresion reciente, temblaba aun y me diriji de nuevo á la cama, riéndome unas veces del susto que habia llevado, y otras, de que en caso de que el incendio hubiese sido en mi casa, no habia podido escapar y se verificaria en mí la segunda edicion de San Lorenzo.

Así como en Colima tenia tanto temor por los alacranes y otros bichos venenosos, para los que emplea toda clase de precauciones; en San Francisco experimentaba el mismo temor porque á mi vuelta de un paseo ó del teatro, me quedase en la calle sin mi coleccion de pintura, y sin ropa y sin dinero, y en esto si que no habia precaucion que tomar sino asegurarse; pero



cierta indolencia que experimentaba para este acto, me impedía verificarlo, aunque algunas veces me lo proponía.

Ahora sí cierro mi carta porque te habrá cansado mi lectura.

Adios.

XXXV

San Francisco, Enero 9 de 1868.

MARIA QUERIDA:

Tienes muchísima razón en reprovar mi olvido en haberte hablado acerca del estado que guardan en S. Francisco, los mexicanos y mexicanas residentes en la ciudad, habiéndomelo encargado varias veces; pero para suplir esa falta, necesito hechar una mirada retrospec-